

JUAN 11,45-54

TEXTO

«⁴⁵Así que **muchos de los judíos** venidos a donde **María**, viendo lo que había hecho, **creyeron en él**.

⁴⁶Pero **algunos de ellos** fueron a **los fariseos** y les dijeron lo que había hecho **Jesús**.

⁴⁷Así que **los sumos sacerdotes y los fariseos** convocaron el consejo y decían: “¿Qué hacemos? Porque **este hombre** hace *muchos signos*. ⁴⁸Si le dejamos [seguir] así, **todos creerán en él** y vendrán los romanos y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación”.

⁴⁹Pero **uno de ellos, Caifás**, que era **sumo sacerdote** aquel año, les dijo: “Vosotros **no sabéis** nada; ⁵⁰no comprendéis que os conviene que un hombre muera por el pueblo para que no perezca toda la nación”.

⁵¹(Pero esto no dijo por su cuenta, sino que, siendo **sumo sacerdote** aquel año, profetizó que **Jesús** iba a morir por la nación, ⁵²y no sólo por la nación, sino para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos).

⁵³Así que, desde aquel día, decidieron que le matarían.

⁵⁴Así que **Jesús** ya no andaba abiertamente entre **los judíos**, sino que se fue de allí a la región cercana al desierto, a una ciudad llamada Efraín; y allí permanecía con los discípulos».

COMENTARIO

.- **La decisión de «los judíos» (vv. 54-55):** Muchos de «los judíos» creen gracias al milagro (v. 45), pero algunos informan a sus dirigentes sobre lo que Jesús había hecho (v. 46). Quienes creen son los que habían ido anteriormente junto a María (v. 19) y la habían seguido cuando ella respondió a la llamada de Jesús (v. 31). En efecto, ellos habían ido para estar tanto con Marta como con María (cf. v. 9), pero los que llegan a creer son aquellos que estaban unidos a María. El milagro ha llevado a que algunos creen, al igual que en otros conflictos anteriores entre Jesús y «los judíos» surge un resto de «los judíos» que creen en Jesús (cf. 7,31; 8,30; 10,42). Quienes informan a los dirigentes de «los judíos» sólo hablan de las acciones de Jesús (v. 46). Nada se dice sobre su autorrevelación como la resurrección y la vida (vv. 25-26) o sobre su oración para que creyeran en él como el Enviado del Padre (v. 42). Simplemente informan del milagro (v. 46; cf. vv. 36-37).

Frente al problema de que un agitador desestabilizara su autoridad, los jefes de los sacerdotes y los fariseos convocan el consejo (*synedrion*). Prosigue el equívoco de «los judíos» al juzgar a Jesús como un hacedor de milagros que cautiva al pueblo (v. 47a). Algo hay que hacer para poner fin a sus actividades, o, de lo contrario, «todos» creerán en él (vv. 47b-48a).

Tras la decisión del Sanedrín subyace el delicado equilibrio del poder entre Roma y las autoridades políticas y religiosas locales de tiempos de Jesús: dejar en libertad a los hacedores de milagros mesiánicos y populistas provocaría un gran estrago. La experiencia de los años 65-70 d.C. se encuentra tras las siguientes palabras: «Vendrán los romanos y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación» (v. 48). Caifás, de quien se dice que era el sumo sacerdote el año en que Jesús fue crucificado, toma la palabra (v. 49ab). Acusando a sus colegas de no saber pensar ni planificar correctamente (vv. 49c-50), adopta una posición que puede entenderse a dos niveles: es claramente oportunista, pero también ofrece una interpretación importante de

la muerte de Jesús. Según una tradición reciente, una persona justa podía entregar su vida por la nación y lograr que la bendición de Dios beneficiara a todos. Los mártires macabeos habían sido un excelente ejemplo de esta convicción que estaba fuertemente arraigada en el Israel del siglo I. Irónicamente, Caifás propone deshacerse de Jesús, un personaje conflictivo, para que la nación pudiera beneficiarse, pero sus palabras recuerdan a los mártires valientes y heroicos cuya muerte dio vida al Pueblo de Dios. Pero éste es solamente uno de los dos niveles posibles de interpretación. El narrador va aún más lejos. Comprendiendo al sumo sacerdote como portavoz de Dios, el narrador clarifica posteriormente que las palabras de Caifás eran proféticas. Aunque no sabía lo que estaba diciendo, Caifás acertó al profetizar que Jesús moriría por la nación (v. 51). Pero los beneficios de la muerte de Jesús no podían limitarse a las bendiciones sobre la nación, como había ocurrido con la muerte de los mártires macabeos. Jesús morirá por Israel, pero su muerte también congregará en uno a todos los hijos de Dios dispersos por el mundo (v. 52; cf. 10,15-16).

Se están juntando los indicios que encontramos en partes anteriores de la narración. La hora de Jesús es inminente (2,5; 7,20; 8,30). Será levantado como Moisés elevó la serpiente en el desierto, para que todos los que crean en él tengan vida (3,14). Incluso quienes lo levantarán podrían llegar a creer en Jesús como la revelación de Dios (8,28). La muerte de Jesús conducirá a la glorificación del Hijo de Dios (11,4) y al don del Espíritu (7,39). Pero la muerte de Jesús encierra mucho más que su hora, su levantamiento y su glorificación. Jesús no muere para sí mismo, sino para los demás. Da su vida por sus ovejas (cf. 6,51c; 10,15), y al dar su vida congrega a las ovejas de otros rediles (10,16), a los hijos de Dios que están dispersos por el mundo (11,52).

.- Apenas hay indicios de que estuviera aconteciendo esta «reunificación». «Los judíos» deliberan sobre el mejor modo de condenar a muerte a Jesús (v. 53). El relato de los acontecimientos en torno a la enfermedad, la muerte y la resurrección de Lázaro de Betania, termina como había empezado: Jesús tiene que huir a otro lugar porque no puede moverse públicamente entre «los judíos». Su vida está en peligro (v. 54a; cf. 10,40; 11,5-8). Se retira a una aldea junto a los confines del desierto, todavía con la compañía de sus discípulos (v. 54b). Pero mientras que su anterior estancia en una aldea remota estuvo acompañada de muchos que creyeron en él en aquel lugar (10,41), en Efraín se encuentra sólo con sus discípulos (11,54).

.- **Conclusión a 11,1-54:** La estancia de Jesús en los confines del desierto no es otra cosa que una breve pausa en su categórica determinación de dirigirse hacia la violencia. Ya había anunciado que sería glorificado por ella (cf. v. 4), que él era la resurrección y la vida, y que sus acciones mostrarían la gloria de Dios para que todos los que las presenciaran pudieran creer que él era el Enviado del Padre (v. 42). Morirá por la nación y para reunir a los hijos de Dios dispersos por el mundo (vv. 51-52). Los acontecimientos violentos aún no se han verificado, pero serán éstos los que provocarán la hora de Jesús, su levantamiento, su glorificación, el don del Espíritu, la revelación de la gloria de Dios y la reunión de muchos.

Hay un episodio mencionado en 11,2 que tiene aún que contarse: «María era la que ungió al Señor con perfumes y le secó los pies con sus cabellos». Una de las dos mujeres de la historia, María, es la que había dado la respuesta más prometedora a la presencia de Jesús (vv. 28-32). Pero se enfrió al unirse a «los judíos» con sus lágrimas (v. 33). Quienes creyeron en Jesús como consecuencia del milagro estaban unidos a María (v. 45), aunque inicialmente habían ido a consolar a las dos mujeres (cf. v. 19). ¿Indica esto que también ella ha aceptado el desafío lanzado por Jesús en su oración: «para que crean que tú me has enviado» (v. 42)? La historia de la respuesta de María a Jesús no se ha concluido satisfactoriamente.